

La calle para el jueves 16 de junio de 2011
Diario de un espectador
Verde Shanghai
Miguel ángel granados chapa

Cristina Rivera Garza, natural de Matamoros, Tamaulipas, es un caso peculiar en las letras mexicanas de hoy. No es una escritora que libremente haya dejado fluir una vocación soterrada y se convirtió en autora de libros más o menos bien escritos, con mayor o menor éxito de público y de crítica. Al contrario, su carrera transita por dos pistas: es una académica rigurosa, que investiga y enseña y dirige parcelas universitarias. Encabeza el departamento de literatura de la Universidad de California en San Diego, cargo al que no se llega con expresión de ocurrencias. Y al mismo tiempo es una creadora, una generadora de mundos construidos con imaginación y palabras. De ello han dado muestra ya varias novelas, la más reciente de las cuales está empezando a circular.

Su título es *Verde Shanghai*, que en el relato es el nombre de un restaurante a cuya trastienda es convocada inesperadamente Marina Espinosa, protagonista de esta novela, cuyo encuentro con una enigmática interlocutora nos sirve para mostrar el estilo de la narradora:

“La mujer escondía un sonrisa irónica detrás de la boca. Marina comprendió su error: la mujer no había sido hermosa durante su juventud, sino recia- Seguramente esos ojos oblicuos, llenos de una inteligencia aguda y hasta juguetona habían espantado a más de uno. Seguramente ella nunca se dio cuenta de la manera en que su mirada empequeñecía a sus interlocutores hasta volverlos polvo, virutas de tiempo. El miedo, luego, o la vacilación.

--Entonces usted debe saber que no soy la esposa de Chiang Wei.

La anciana soltó una carcajada ágil a la que le siguió un ataque de tos. El te había tomado el camino equivocado dentro de su cuerpo, provocándole una asfixia momentánea, pero la agilidad mental de su contrincante le produjo el único momento feliz del día.

--En eso, como en muchas otras cosas, te equivocas, muchacha. –aseveró la mujer girando hacia la derecha, mostrándole el inicio de su espalda--. Y ahora vete, que estoy muy agotada. Después te comunicarás conmigo, ti sabrás cuándo.

La única cosa que Marina alcanzó a ver antes de que la anciana apagara la luz del cuarto sin ventana fue su mano derecha suspendida en el aire: flexionaba los dedos diciéndole adiós como si fueran amigas. Entonces salió corriendo entre la oscuridad, sin saber a ciencia cierta a dónde dirigirse, chocó varias veces con las paredes, pero el pasillo mismo la condujo de regreso al restaurante. El latir de órganos empalmados. La respiración desordenada. Las gotas de sudor. En lugar del recinto vacío y melancólico en el que había estado antes de hablar con la anciana, ahora el

restaurante estaba lleno de gente, de bullicio. El ruido sincopado de las voces y el olor a comida barata le produjeron náuseas. Se detuvo pensando que vomitaría en cualquier instante, pero tan pronto y observó el espectáculo monótono de la ingestión de comida, el ruido desapareció de su entorno y, en medio del silencio, las ganas de vomitar fueron sustituidas por un nuevo tipo de espanto. Bocas que se abren y se cierran. Dientes nejos. Gotas de vinagre en las comisuras de una boca universal. Temió por su razón y también temió por su vida, y pensando en ambas cruzó las puertas de cristal del Verde Shanghai jurándose que nunca regresaría a ese lugar. El frío de diciembre la tomó por sorpresa sobre la banqueta y entonces se dio cuenta de que había olvidado su chal”.